

ciones con gestos y actitudes, y salidas de escena a base de una pequeña escalera (siempre de mucho efecto). Tan sólo quisiéramos hacerle notar, amigo Carlos, que las chequeras generalmente no se guardan dentro de las cajas fuertes. Es como si para extender un cheque tuviese uno que ir a pedirlo al banco. Por lo demás, todo es magnífico, y no nos cansamos de felicitarlo. ¡Ya podemos contar desde ahora con un nuevo miembro en nuestra Asociación! Y esto es motivo de júbilo para nosotros, porque en los últimos años recibimos ya muy pocos. Lo esperamos con los brazos abiertos, y mientras tanto le enviamos una gigantesca corona de laurel que ceñirá con orgullo las sienes del abanderado del melodrama.

Darío Nicodemi, Gabriel D'Annunzio, José Echegaray, Martínez de la Rosa, Alejandro Dumas hijo, José Ma. Pemán, Angel Guimerá, Pablo Giacometti, Jacinto Benavente, Joaquín Dicenta, Victoriano Sardou (siguen firmas en número de 543).

17 de agosto de 1969

¡AH QUÉ MUCHACHAS!

Esta crónica debería ser sobre la “comedia musical” (???) intitulada *¡Ah qué mujeres!*, que es una copia descarada de *Mujeres*, original de doña Clara Booth Luce, pero que se hace aparecer como obra de una tal María Julia Casanova. ¡Se ha descubierto otra manera de ser genio y de robar los derechos de autor! Por lo pronto, yo tengo listas varias obras que pongo a disposición de los señores empresarios, y que son, entre cien mil más, las que siguen: “¿Cuánto cuesta?”, libreto de Luis Reyes de la Maza (en realidad es *El precio*, de Arthur Miller). “¡Ah, qué Don Juan”, libreto de Luis Reyes de la Maza (se trata de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla). “¡Qué miedo me da doña Virginia!” (*¿Quién teme a Virginia Woolf?*). “Use vaporrub” (*Después de la caída*, de Arthur Miller). “Su Majestad ha estado malito” (*El rey se muere*, de Ionesco). “El señor de la tinta” (*El hombre de la*

Mancha). Y así cuenten ustedes quinientos mil títulos. Puedo ofrecer, como la señora Casanova, lo que me pidan, puesto que sólo se trata de disfrazar el título y hacer unos cuantos y breves cambios a la obra original. Hemos llegado a una nueva dimensión en el cinismo. Y la Asociación Nacional de Autores, y Rafael Banquells, propietario de los derechos de la comedia de la señora Booth Luce, se han quedado callados. “¡Es que Carmen Montejo es muy buena persona y la queremos mucho!” Ya saben los señores empresarios: basta ser “buena persona” y darse a querer para fusilarse todas las piezas teatrales que se les antoje. Lo malo es que la mayoría de los empresarios mexicanos no son muy queridos que digamos. Quizá por eso no han podido hacer lo que Carmen Montejo.

En fin, decía que esta crónica iba a ser la de *¡Ah qué mujeres!*, pero aun cuando hay muchísimo que decir sobre la puesta en escena, sobre las actuaciones y sobre la música (???) que se le ha pegado como chicle o cola de carpintero, he llegado a la conclusión de que no vale la pena gastar mis dedos sobre las teclas de la máquina. Llega un momento en que hasta el cronista más paciente se resiste a hacer un análisis de algo que no aguanta el menor detenimiento o estudio. ¿Para qué decir que Carmen Montejo como directora es una excelente actriz? ¿Para qué indignarse porque pierde su tiempo, su dinero y su esfuerzo como empresaria y directora en lugar de actuar como sabe hacerlo? ¿Qué decir de Lorena Velázquez cuya actuación está a la altura de la de Harapos en el Tívoli? Toda actriz tiende a tomar lo mejor de otras buenas actrices, pero la señorita Velázquez ha tomado lo peor de Ema Arvizu, aquella actriz de *Gigoló* que al no saber actuar se refugiaba en una voz cómica y falsa. ¿Qué decir de Gina Romand cuya vulgaridad al actuar y al hablar escapa al teatro de comedia para caer en la carpa Morelos? ¿Y qué de cinco pobres muchachitas que forman “el cuerpo de baile” y que fue vestido por . . . ¡Carlota Solares!, y que salen a escena llenas de miedo, a ejecutar un solo paso y a que el telón les caiga encima causando la hilaridad de los espectadores? ¿Qué decir de los músicos del tapanco que fingen tocar pero que no tocan porque ya la música, o lo que sea, estaba grabada previamente en cinta, y que al estar durante toda la obra frente al público, se aburren y se ponen a platicar

chistes en voz baja? ¿Cómo criticar a esas pobres muchachas que fingen cantar y que al mismo tiempo no saben seguir el *play-back*, y por tanto se cubren de ridículo al abrir la boca a destiempo? ¿Cómo decirle a la señora Gina Romand que por lo general las mujeres no se meten a la tina de baño con bata? ¿Cómo explicar el tormento que sufrieron los espectadores al soportar cuatro horas largas de un espectáculo tonto, mal hecho, aburrido, mal actuado, gritón, y sin el menor interés?

Van tres veces que digo que ésta iba a ser la crónica teatral de *¡Ah qué mujeres!*, pero que no puedo hacerla porque ni siquiera con sentido del humor puede aceptarse que una señora de la categoría de Carmen Montejo, a quien repeto como actriz y como dama, se rebaje hasta el grado de ponerse a dirigir y a patrocinar un espectáculo lleno de pretensiones, de anunciarlo como “comedia musical”, de llenarlo de “estrellitas” del glorioso cine nacional, de hacer creer, por tanto, a los aficionados al teatro que se trata de una buena obra, y durante cuatro horas presentarnos algo que nada le tiene que envidiar a *Las golfas*, a *Las ficheras*, a *La casa de doña Santa*, a *Operación mujeres*, a *La nalgada*, que son comedias que dentro de su espantosa mediocridad al menos no tratan de engañar al público y por sus títulos, directores y elencos están proclamando bien a las claras de lo que se trata, y queda a juicio del espectador el ir o no ir.

A Carmen Montejo se le exige otra cosa, por su trayectoria artística, por su talento como actriz, por su buen gusto demostrado hasta antes de esta infortunada incursión como directora. Me resisto a escribir la crónica de *¡Ah qué mujeres!* porque, además de todas las decepciones ya explicadas brevemente, sufrí otra aún mayor que me dejó tan triste que por poco me echo a llorar: ¿Qué diablos hace Nancy Cárdenas en esa obra como codirectora? Nancy era una de las mujeres más talentosas que he conocido, intelectual del teatro y del cine, estudiosa infatigable, llena de inquietudes verdaderamente artísticas. Todos sus amigos, todos aquellos que la queremos, esperábamos que algún día nos iba a sorprender con una muestra de su talento, y de pronto la vemos aparecer al final de aquel maratón de tontería, de mal gusto, de pésima dirección, muy satisfecha a agradecer unos aplausos que le tributaban los que hipócritamente la apoyaban en este graví-

simo error de su carrera. ¡Cuatro años en Polonia estudiando teatro para codirigir un melodrama cómico-erótico-falso-musical! No puedo creerlo y por ello mejor no digo nada y me refugio en un silencio piadoso en nombre de la amistad.

Creo que ha quedado explicado el porqué no puedo hacer la crónica de *¡Ah qué mujeres!* Que me perdonen por esta vez los lectores, y tan sólo diré que Sonia Furió, Lulú Parga y Raquel Olmedo se salvan de la catástrofe que me niego a comentar. Ahora prefiero dejar mi espacio en blanco y tratar de olvidar lo que vi con grave perjuicio de mi hígado y de mi corazón.

24 de agosto de 1969

DONCELES BOULEVARD

(Piececilla en un acto)

Al centro del escenario aparece un confesionario tradicional. En el lateral izquierdo pueden verse dos grandes cirios, y en el lateral derecho un sillón sobre el cual puede verse el traje de Manrique, en *El trovador*, de Verdi, lleno de polvo y telarañas. Sobre el suelo, algunos programas teatrales de hace treinta o cuarenta años. Al levantarse el telón, la escena está vacía. Poco después aparece por la izquierda un sacerdote joven y se sienta en el confesionario. Instantes después entra por la derecha un anciano apoyado en su bastón y se arrodilla delante del sacerdote. Derecha e izquierda las del actor. (Acción, 1979.)

SACERDOTE: Ave María Purísima.

ANCIANO: Sin pecado concebida.

SACERDOTE: Dime tus pecados, hijo mío.

ANCIANO: Acúsome, padre, de haber ido al Teatro Virginia Fábregas.

SACERDOTE: Eso no me parece pecado, a menos que se presente en ese salón un espectáculo inconveniente.